



Mas sobre los incendios

Por Victoria Armesto

Publicado en *La Voz de Galicia* el 26 de agosto de 1976.

La estadística es escalofriante: En lo que va de año, en toda España ardieron casi cien mil hectáreas, entre zonas arboladas y no arboladas, y más de la mitad ardieron en Galicia.

Ocupamos el primer lugar, ya es desdicha. La Coruña es la primera provincia de España por lo que a incendios se refiere.

26 mil hectáreas en lo que va de 1976.

Trato de pensar en 26 mil hectáreas en fuego y me falta imaginación. El año pasado se quemaron en este valle unas doscientas hectáreas de eucaliptus y que desolación producen en el ánimo 200 hectáreas calcinadas. ¿Qué será 26.000? Y que decir de 55.670, las perdidas por las cuatro provincias gallegas? En realidad, y en el curso de este verano tan duro para la agricultura, el humo y el fuego nos perseguían como si nos pisara los talones uno de los caballos del Apocalipsis. Fue una gratísima sorpresa al llegar a Portugal ver aquellos montes intactos, pero un camionero que ayer acababa de regresar de Oporto me dijo que también en Portugal ahora están ardiendo los montes.

Tras haber realizado una pequeña encuesta particular, advierto que la opinión publica denuncia la existencia de incendiarios. Pero como sucede en relación con los lobos, la rica imaginación popular se ha disparado y los presuntos autores de los incendios están cobrando un carácter casi mítico. O se trata de "comandos perversos", o prenden fuego a los montes desde avionetas, o acaso intervienen aparatos extraterrestres. ¿No serán marcianos?

Yo en muchos casos siempre ha aceptado la intencionalidad, pero me cuesta trabajo aceptar las intervenciones fantásticas y aún menos las foráneas.

A pesar de que el campo gallego está ahora relativamente despoblado, uno sabe por experiencia que el campo tiene ojos que ven y oídos que oyen. Detrás de un pino puede estar siempre ese hombre que lleva la vaca.

Si un terrorista urbano se baja de su automóvil y se interna en un monte, tiene muchas posibilidades de ser visto. Y entrar en un monte de noche es empresa difícil y la oscuridad no aminora esa vigilancia rural tan acusada, al menos aquí en Galicia.

Si las perversas intervenciones no son denunciadas, hay que suponer que el presupuesto portador de la mecha no puede ser un extraño en el lugar donde se produce el fuego.

Este es mi argumento, sin que, por otra parte, rechace la intervención de elementos asociales siempre interesados en producir la ruina nacional.

Para Galicia es una ruina perder sus árboles.

Estamos abocados a un desastre ecológico según nos prueban esas zonas desérticas de los Estados Unidos o el ejemplo de Castilla que en épocas no tan remotas estaba cubierta por un rico arbolado.

El mayor peligro que nos amenaza -superior incluso al de la bomba atómica- es la erosión de la tierra y para evitarla no hay mayor protección que la ejercitada



por los árboles, especialmente por los castaños y los robles, que no solo sujetan la tierra sino que con sus hojas crean el necesario mantillo.

Los pinos ya no son tan buenos, dado que esquilman el suelo y los eucaliptos constituyen un factor más bien negativo.

El eucalipto es una sustancia que mata toda bacteria según prueba su uso en los catarros. Donde hay eucalipto -ustedes pueden observarlo- no anidan los pájaros ni hay vida en el subsuelo vegetal.

Haber permitido que los particulares repoblaran con eucalipto las tierras agrícolas constituye un evidente error, pero el reconocer que la repoblación de eucalipto no es a la larga la más acertada para Galicia, no quiere decir que deban arder los que ya están plantados y crecidos que, al fin, son una riqueza potencial.

Al revés que la mayoría de mis paisanos, a mí me preocupa menos saber quien incendia los montes como me preocuparía saber quien es el que no se interesa en apagar o controlar el fuego.

Acuso la existencia de un espíritu derrotista y fatalista ampliamente desarrollado y que se expresa a través de expresiones como "Bah, se non arden este ano, arderan pra o ano que ven"; "Eu si vexo que os pinos que están ardendo son os meus nin me movo".

Y si uno ya no intenta molestarse por apagar el fuego dentro de su propio monte ¿cabe esperar que dé un solo paso por los del Estado o por los de un vecino?

Hace solo unos cuantos días le oí decir a un labrador:

"Eu xa perdín unhas cen mil pesetas en madeira, agora por min que arda toda a provincia".

Con este espíritu ¿puede extrañarnos que hayan ardido 26 mil hectáreas? Para mí lo raro es que no fueran más.

Todos parecen estar convencidos que la tarea de apagar el fuego corresponde al helicóptero de ICONA, a los servicios de reciente creación por el mismo organismo, a la benemérita Guardia Civil ¿qué haríamos sin ella en los pueblos?- y ahora se pide a gritos que intervenga el ejército.

¿Y uno mismo qué? Hay pueblos en donde al tocar la campana de la Iglesia denunciando el fuego parroquial, las tabernas y locales se vacían de hombres, ¿Es qué van a apagar el fuego? Quiá, se van a sus casas antes de que los pesquen.

Así no es extraño que de 17 incendios como se produjeron en nuestra provincia en un solo día de agosto, solo hayan podido controlarse seis.

Todos hemos visto como pequeñas hogueras se iban transformando en incendios voraces que se llevaban consigo cientos de miles de pesetas en madera.

Estoy convencida de que si por cada incendio no sofocado se nos penalizara con una multa a cuantos vivimos a menos de diez kilómetros del lugar en que se produjo ya verían ustedes como los "perversos comandos" iban a tener muy poco éxito.

Pero sucede también que si el incendio del patrimonio individual podría despertar la solidaridad humana en el caso de que fuera estimulada, es muy



difícil que se despierte y aun mas difícil que se penalice cuando se trata de montes que antaño pertenecían a las parroquias, montes de que se aprovechaban todos los vecinos, que han sido repoblados en consorcio por el Estado de una manera arbitraria y que arrastran para siempre el pecado original.